

## Antes y después.

### Respuesta a la pregunta: ¿Soy una escritora judía?<sup>1</sup>

Me tomó tanto tiempo considerarme escritora que me pregunto cuánto tiempo me tomará agregar el adjetivo judío a este sustantivo en particular. Desde los veinticinco años he vivido en países donde rara vez se hablaba mi lengua materna, el español. Documentar sentimientos y pensamientos, escribir prosa y poesía se convirtió en un ejercicio de intimidad en un mundo donde el idioma, la cultura y la vida cotidiana me eran ajenos. Aun así, eso no me convirtió en escritora; fue necesaria otra década para que esa palabra me pareciera convincente. Hasta entonces había sido, mayoritariamente, hija de Sarita y León, hermana de mi hermano desaparecido Gerardo y estudiante, maestra y viajera a través de trenes, aviones y libros. Mi autoría, durante años, perteneció a una colección de cuadernos (una biblioteca manuscrita caótica y portátil compuesta de narraciones breves, notas y poemas), pero nunca había escrito una novela. Solía preguntarme cuándo empezaría a escribir, hasta que un día me di cuenta de que lo había estado haciendo todo el tiempo.

Sin embargo, me sentí inhibida ante esta nueva conciencia. El respetable sustantivo no parecía concordar con mi hábito no sistemático de anotar recuerdos anti nostálgicos. Pensé que ser un verdadero escritor implicaba esfuerzos diarios en un escritorio, mientras que yo garabateaba en tránsito y cada vez que tenía un descanso o cuando me sentía desesperada. A veces, una línea me hacía reír mientras la escribía. “Oh, es la primera vez que escucho ese chiste”, me decía en voz alta, mientras mis dedos seguían contando. Con el tiempo terminé publicando varios libros y aprendí que lo que me hacía reír hacía llorar a otros. Sin embargo, si algunos lectores no estaban de acuerdo

---

<sup>1</sup> Traducción inédita de la autora del escrito autobiográfico “Before and After” publicado en *Nashim: Revista de estudios sobre mujeres judías y cuestiones de género*, número 39, otoño de 2021, págs. 76-91, publicado por la Editorial de la Universidad de Indiana.

conmigo, tal vez significaba que era escritora. Sí, soy escritora. Pero me invitan a añadir un adjetivo a esta afirmación: judía, un término muy especial que también puede usarse como sustantivo. El asunto se complica. Estoy segura de que este sustantivo se me aplica, no sólo porque mis padres eran judíos sino porque, en este mundo, no podés simplemente olvidar tu pertenencia a tal “tribu”; alguien siempre te lo recordará. Además, esta palabra,.....

Incluso si no estaba muy consciente de eso en mi juventud, ha cambiado mi vida. ¿Eso me convierte en una escritora judía?

Intentaré reflexionar sobre este adjetivo/sustantivo aprovechando los recuerdos personales relacionados con esa palabra que empieza con jota. Ojalá la práctica arqueológica me ayude a desentrañar lo que estoy buscando. He acuñado dos títulos para guiarme en esta tarea porque demarcan dos etapas en mi vida: "Antes" y "después", ya que veo mi historia personal partida en dos mitades. La desaparición forzada es el muro que las divide.

Después: julio de 1977–1978

Estoy en Israel, escribiendo cartas a mis padres y trato de transmitir el efecto de mi exilio repentino para comprender cómo el terror del estado nos separó. También están sufriendo sus efectos, por lo que me pueden entender. De todos modos debo abordarlo suavemente, ya que no quiero que mis palabras exacerben su dolor. Encuentro formas poéticas de referirme a lo sucedido y viajan conmigo. Todos conocemos la historia real: mi hermano está desaparecido y no es seguro mencionarlo porque *Ellos* pueden abrir las cartas. Si nos referimos a Gerardo, lo llamamos "el libro de física", porque estaba estudiando física en el momento de su secuestro. Sara y León todavía están esperando su liberación, pero, tras mi propia experiencia como detenida-desaparecida no comparto su esperanza. Lo cierto es que, en el lapso de una semana, nuestro mundo se ha

derrumbado. Estoy en el extranjero y mi hermano, dos años mayor, no está en ninguna parte. Necesito dar a conocer su desaparición, y lo hago aquí y allá, pero siento que a nadie le importa lo suficiente. Mis padres están enviando desesperadamente cartas a cualquier organización internacional en la que puedan pensar, desde la ONU hasta la OEA, y reciben las mismas respuestas: lo sentimos, pero ... haremos nuestro mejor esfuerzo, pero ... se involucran con familiares de los desaparecidos, y Sarita se acerca a un grupo de madres. Su amiga más cercana es Sara Rus, sobreviviente de Auschwitz, y cuyo hijo (amigo de mi hermano) también fue secuestrado.

Debo, al menos, encontrar palabras para relatar lo ocurrido el 16 de julio de 1977, ya que la abrumadora velocidad y agitación de esos días no me permitió asimilar sus efectos y afectos. Pronto me doy cuenta de la naturaleza del problema: estos sucesos son casi imposibles de describir porque rompen todos los marcos de referencia. ¿Cómo se puede nombrar lo que sucede cuando el mundo y el lenguaje colapsan? Los académicos llaman a estos momentos “indescriptibles”: el lenguaje no puede expresar una catástrofe que excede la capacidad de la mente para captarla. Entiendo la lógica pero necesito crear mi propio vocabulario. Incluso si estos eventos se resisten a ser representados, encuentro modos de abordarlos distorsionando vocales y consonantes para aliviar el dolor. Además, no quiero permitir que el vocabulario se reduzca, preferiría ayudarlo a expandirse. Como no puedo discutir estos temas en mi conversación a distancia con Sarita y León, termino contándome la historia a mí misma. Escribo palabra tras palabra hasta que encuentro el sonido preciso, como si estuviera tocando la verdad. Dejo caer párrafos para imprimir, y son tan queridos, tan sagrados para mí que no quiero cambiar ni una coma. Escribo, entre otras cosas, lo que me gritaron en la calle después de gritar mi apellido: Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos.

En cuanto mis secuestradores escupieron esa expresión de renombre internacional mis esperanzas de supervivencia se evaporaron. Afortunadamente, estaba equivocada: solo me estaban enseñando que, como miembro del mundo de los marginados, era mercancía de primera calidad. Después verían qué hacer conmigo. Solo los dioses tienen el poder de dar o quitar la vida, pero en lo que a mí respecta, el único Dios con el que puedo asociarlos es Saturno tal como lo pintó Goya, comiendo a sus propios hijos. Nos estaban devorando después de haber clasificado a la mayoría de los jóvenes en Argentina como "subversivos": el peor enemigo posible, el cáncer que se elimina quirúrgicamente para salvar el cuerpo social.

La participación política y la lucha por la justicia social, entonces llamada revolución, era considerada un crimen por este autoproclamado "gobierno". Mi compromiso en la rebelión se limitó a manifestaciones y discusiones en la universidad, mientras que muchos otros, como mi hermano, su novia y mis primos, participaron en grupos políticos concretos. Sin embargo, estas sutilezas no eran cruciales en tiempos de "limpieza". Cualquiera de nosotros podría desaparecer, pero no lo sabíamos. Si una apoyaba la lucha por el cambio esperabas, en dictaduras anteriores (y tuvimos bastantes), ser torturados o incluso asesinados, pero nadie se imaginaba que esta vez seríamos tratados como cuerpos anónimos de los que hay que deshacerse. La práctica de arrojar prisioneros drogados desde aviones al Río de la Plata para hacer desaparecer seres humanos fue una novedad.

Que las víctimas judías sufrieran tipos específicos de maltrato no era una novedad, pero se exacerbó. Jacobo Timerman, conocido periodista que fue secuestrado e interrogado sobre el "Plan Andinia" –una supuesta conspiración judía para apoderarse de la Patagonia– me dijo una vez que el fascismo local debe entenderse de esta manera: "Siempre que hay una dictadura en nuestro país, la cuestión judía ocupa un lugar

central”. Esta afirmación ha sido cuestionada por críticos que argumentan que los militares utilizaron cualquier herramienta disponible para la discriminación indiscriminada. Según ellos, subrayar la ideología antisemita de los militares despolitiza una persecución dirigida contra una rebelión política. Pero a mi entender la difamación de los judíos es política.

En Argentina, los judíos de la diáspora son vistos a menudo (por ciertos estratos sociales) como un peligro internacional, como elementos extranjeros no comprometidos con los valores nacionales, como personas con “dobles lealtades”, generalmente “rojos”.

En este caso, la dictadura argentina abrazó la civilización “occidental y cristiana”, no judeocristiana. La inclinación antisemita de los militares ha sido documentada y no me extenderé sobre el tema. Lo cierto es que, mientras me interrogaban en el centro clandestino donde estaba recluida, me interrogaban sobre el entrenamiento guerrillero en Israel y me informaron: “Estamos recopilando información. Primero acabaremos con los Montoneros y luego con los judíos”. Quienes eran ambas cosas no eran redimibles.

Ser víctima del mismo sistema brutal no significa que la experiencia sea homogénea. No quiero asignar grados de crueldad dentro de un sistema cruel, pero debemos conocer las distinciones que ellos establecieron en relación con sus cautivos. Por un lado, las mujeres sufrieron un tipo particular de abuso, que nuestra ley reconoció en 2010, al determinar que el “terrorismo sexual” (abuso sexual, abortos forzados, esclavitud sexual, desnudez forzada, etc.) era un crimen contra la humanidad. La aplicación sistemática de este “tratamiento” fue fundamental para su redefinición en términos legales. Por otro lado, los judíos sufrieron formas únicas de degradación. Un prisionero político podía ser torturado de muchas maneras, pero a un judío también se le hacía ladrar como un perro o se le tatuaba una esvástica. Según Delia Barrera, sobreviviente del “Club Atlético”:

Cada vez que los guardias venían y nos pateaban nos preguntaban por nuestra religión y si alguien reconocía que era judío, lo sacaban automáticamente de la "leonera" para patearlo más y torturarlo. En el campamento había un guardia cuyo apodo era el gran Führer. Escuchar grabaciones de los discursos de Hitler durante toda la noche era habitual. Cuando éramos torturados, nos hacían gritar "Heil Hitler".

Estos no fueron solo "actos performativos", el antisemitismo estaba arraigado en la educación militar. Los testigos de estos eventos no son necesariamente judíos, pero me pregunto si insistiría en este tema en mis escritos si no lo hubiera sentido en mi propia carne.

Aún así, ¿eso me convierte en una escritora judía?

Antes: Décadas de 1950 a 1970:

En la década de 1960 escuché que un grupo llamado Tacuara solía perseguir a los judíos a la salida de la escuela y golpearlos brutalmente. Sin embargo, nunca fui víctima de tales ataques ni de ninguna forma de discriminación. Las familias de mis padres procedían de Europa del este, pero en Buenos Aires eso no era nada raro. Muchos inmigrantes habían llegado del Viejo Continente. Durante la mayor parte de mis días de escuela primaria vivimos en el Gran Buenos Aires, en las afueras de la ciudad, en un barrio de clase media llamado Olivos. Estaba bastante alejado del centro de la ciudad y todo el mundo parecía venir de otros lugares, incluso de la Alemania nazi. Según mi madre, nuestro vecino de enfrente era un ex oficial de las SS, y le creí por cómo le gritaba a su perro. Lo que supe recientemente es que Adolf Eichmann, que había escapado de Europa después de la derrota de Alemania, vivía a sólo diez cuadras de nuestra casa. Un judío alemán que había sobrevivido a Dachau descubrió que el famoso criminal de guerra había estado viviendo y trabajando entre nosotros durante años. En

1954 empezó a informarles a organizaciones judías y continuó durante un tiempo. Finalmente, sucedió lo que todos sabemos: Eichmann fue secuestrado y llevado a Israel para ser juzgado. Ahora me doy cuenta de lo ciegos que éramos ante nuestro entorno; simplemente vivíamos nuestras pequeñas vidas sin darnos cuenta de lo que nos rodeaba. Mi familia formaba parte de una enorme ola de inmigrantes de todo el mundo que querían que el Nuevo Mundo se convirtiera en su hogar. Mi madre, que nació en Polonia y se mudó a la Argentina antes de saber hablar, solía cantar tango en casa. A mi hermano y a mí nos enseñaron bailes criollos y tocamos zambas gauchas en la guitarra. Mis padres hablaban yiddish cuando no querían que lo entendiéramos. En resumen, éramos una típica familia judía que buscaba asimilarse en un país que bregaba por la homogeneidad. ¿Cómo iba uno a saber que esto generaría problemas? El nazismo había surgido en un país donde la mayoría de los judíos consideraban su “condición” como algo del pasado y se veían a sí mismos, ante todo, como ciudadanos alemanes. Quizás mi madre y mi padre estaban demasiado lejos de ese mundo para preocuparse, o quizás no querían compartir su preocupación con nosotros. León, a pesar de la Shoá, no creía que la creación de Israel fuera una buena idea. Una vez que tenés un Estado, diría, terminás repitiendo los vicios inevitables: injusticia contra los demás, luchas por las fronteras, etc., etc. Prefería nutrirse de la rica vida cultural de los judíos de la diáspora y no pensar en ese estado, creado dos años antes del nacimiento de su primer hijo. Incluso cuando yo jugaba con fotografías antiguas y extrañas de mujeres y hombres vestidos con camisas largas y sombreros extraños (los restos ocres de mi clan, ahora convertidos en cenizas), la tragedia parecía remota. Quizás mis padres sintieron que había un océano que nos protegía de la masacre, pero desafortunadamente, ese guión era inexacto.

Es cierto que en América del Sur el enemigo en los años setenta era quien quería cambiar la sociedad. Y no era un asunto menor, porque los movimientos revolucionarios abundaban y la historia parecía ir en esa dirección. Lo que no imaginábamos era que los judíos involucrados en este proyecto no sólo eran peligrosos; eran la mismísima enfermedad que, después de tantos esfuerzos, la civilización no había podido eliminar. Cuando sacaron de su casa a la novia de Gerardo, Graciela Barroca, le preguntaron a su padre: “¿Por qué la dejaste salir con un judío?”. Se quedó sin palabras, ya que él, un infante de marina retirado, no se lo había permitido.

El amigo de Gerardo, Manuel Rojas, que fue secuestrado con él y sobrevivió, también me dijo: “Me preguntaron cómo es que me metí con un judío”.

Después: 1977—Expulsión y escritura

El 25 de julio de 1977 miro hacia abajo desde la ventana de un avión y escribo: “Argentina es sólo un perímetro, una mancha entre las nubes, un territorio que imagino”.<sup>6</sup> Estoy volando hacia la Tierra Prometida, que para mí y para muchos otros significa un paso hacia la vida. Por qué sobreviví, no lo sé. Nuestro ejército se inspiró en la directiva nazi de 1941 que pedía a las autoridades que hicieran que los prisioneros políticos "desaparecieran en la noche y la niebla". A pesar de todo, solo fui expulsada. Mediante la desaparición forzada de personas querían borrar una parte de nuestra sociedad y, al menos en parte, lo consiguieron. Pero lo que el “Proceso de Reorganización Nacional” no pudo prever fue que tal borramiento no podría llevarse a cabo. La ausencia de cuerpos creó una presencia viva y continua de resistencia. Mi revuelta, una vez en el exilio, consistió en encontrar una manera de contar nuestra historia que descalificara la siniestra jerga de nuestros victimarios.

En este sentido, de nuevo: ¿se me podría llamar escritora judía? Cualquier escritora puede crear un personaje judío, pero a menudo son los escritores judíos los que dan testimonio del estilo cultural o de los conflictos particulares que involucra esta condición. Sin embargo, me siento perdida cuando intento definirme a través de esa lente. Terminaría alimentando la noción de que sólo los judíos tienen derecho a considerar sus propios “problemas”, de la misma manera que se supone que los negros deben abordar los suyos. ¿Seguiremos aceptando estas particiones?

La literatura no puede salvar al mundo y, sin embargo, ¿cómo sería el mundo sin ella? Mi diccionario define “salvar” como: “rescatar del peligro, evitar o superar un obstáculo o un contratiempo”. También significa “evitarle a una persona o un objeto un peligro o una amenaza, resolver un problema grave o una situación difícil”. Las imágenes y los conciertos, los poemas y las narraciones no pueden librarnos del peligro; apenas pueden exponerlo, revelarlo o rastrearlo. En tiempos oscuros, las obras de arte y los libros terminan en el fuego, y esas quemaduras preceden a la conversión de personas en cenizas. Y el arte muchas veces se convierte en víctima, porque es una forma de vivir que tiene alas. ¿Alas de afecto? ¿De emoción? Cualquiera sea el material, el poder castiga a quienes las siguen agitando, tal vez porque a través del arte cobran vida nuevos mundos. Lo que sacamos de la nada al escribir, dibujar, pintar, componer, interpretar o tocar nos toma por sorpresa. El arte crece dentro de nosotros y nos deja atrás, sigue su propio camino, despliega sus alas mientras es leído, mirado o comentado y, al hacerlo, nos vincula con lazos de sentido.

Cuando dejé la muerte atrás, el impulso de darle forma narrativa a lo que había pasado fue solo cuestión de tiempo. Un pasado siempre presente quiere convertirse en historia compartida. El arte de contar historias, veneno y cura al mismo tiempo, es una buena receta para afrontar las consecuencias a largo plazo del trauma colectivo. Pero hay que

tener en cuenta que, incluso si la narración es el relato de un testigo, la historia no es una copia carbónica de lo que “realmente” sucedió. En mi caso, mi testimonio surgió de recuerdos imprecisos de olor y sonido, ya que estábamos con los ojos vendados desde el principio. Quería convertir estos recuerdos en un artefacto estético, y escribir era también una forma de hablar en nombre de aquellos que no podían. No sabía si estaban muertos, pero definitivamente estaban ausentes y, por tanto, silenciados. Por eso necesitaba usar la primera persona, singular y plural. Mi historia era nuestra historia: una muerte única e innumerable. Además, como nos habían robado los nombres, quería que Nora Strejilevich fuera un personaje, indicando su derrota simbólica. Hablaría y diría todo lo que no pude articular durante el interrogatorio. Las voces de aquel inframundo me guiaban, recordaba los gritos de mi hermano: “¡Me están matando!” Me habitaban aullidos que ansiaba traducir.

Una vez que dejé mi tierra atrás, mi lengua y mi posible futuro, no pude establecerme en un solo lugar. La distancia se volvió vital para mí, como si quisiera alejarme de cualquier vida cotidiana. Me acompañaban voces que no me atrevía a abandonar. En este sentido, nunca salí de mi casa, sus voces eran mi casa. Fue desde este fuera de órbita que escribí: necesitaba exponer lo que significaba el terror para nosotros. Yo había sobrevivido, pero Gerardo y Graciela, mis primos Abel y Hugo y tantos amigos queridos no. ¿Cómo podría compartir esta devastación con quienes difícilmente podrían ubicar a Argentina en un mapa?

Antes: 1951–1962: Puertas principal y trasera

La tradición judía me resulta bastante desconocida. En casa nunca celebramos un Seder de Pesaj ni conmemoramos Rosh Hashaná. Mis padres eran ateos y no confiaban en los rituales. Eran humanistas. *Tevie el lechero*, los libros de Martin Buber y algunas obras literarias yiddish traducidas se encontraban en el estante principal del escritorio de mi

padre, nuestra biblioteca. Este tipo de judaísmo era bastante común en aquella época. Mi madre había llegado a Argentina alrededor de 1927 y mi padre era hijo de judíos rumanos que habían emigrado a principios del siglo XX. Llegaron desde un pueblo vecino a Kisinev a las colonias fundadas por el barón Hirsch en la provincia de Entre Ríos, para judíos que buscaban una vida mejor, lejos de los pogromos. Una vez en América, prefirieron redefinirse. Su lema podría haber sido: Si los gauchos judíos existían en las pampas, ¿por qué no los porteños judíos en Buenos Aires?

Tengo algunos recuerdos de infancia en los que soy consciente de una diferencia entre mi educación y la de mis compañeras: hay una hamaca y un tobogán en el patio trasero de la iglesia del vecindario (nunca he estado en una sinagoga y tengo alrededor de siete años). El código de acceso para entrar es hacerse la cruz como lo hacen los cristianos, y no es difícil de imitar. Sé que hago una travesura mientras que ese gesto es natural para mis amigas, por lo que es fácil concluir que algo nos distancia. Pero esta diferencia no me afecta.

Mi madre me explicó una vez que en la escuela pública del barrio me obligarían a salir del aula cada vez que dieran clase de religión. La palabra religión era sinónimo de católica y los judíos no eran bienvenidos (nunca supe que hubiera musulmanes). ¿Todavía nos culpaban por haber matado al judío más famoso, Jesús? Realmente no lo sé, pero me mandaron a una escuela privada donde esto no pasó. No se enseñaba religión.

A pesar de todo, crecí en una sociedad bastante abierta, donde la gente que conocí no parecía esconder prejuicios. Muchos de los inmigrantes europeos tenían militancia política, y organizaron la resistencia a las políticas abusivas contra los trabajadores. Fue principalmente el elenco de los llamados héroes de la Patria y sus herederos los que, una

y otra vez, se dedicaron a "salvar" al país de ideas igualitarias. Desafortunadamente, Argentina ha gastado la mayor parte de sus energías en esta confrontación interminable.

Gran Buenos Aires, 1955. Mi escuela primaria es pequeña: una casa antigua en la que se enseñan dos grados en el mismo salón de clases, en el que usamos no el usted formal sino el vos familiar para dirigirnos a nuestros maestros. El director es un artista nacido en Italia que rechaza la jerarquía y el comportamiento autoritario. Amamos a Pepe porque él se involucra en nuestra formación. Nos trata como adultos, nos muestra películas, teatro, esculturas y pinturas; construimos un escenario con él y podemos practicar cualquier arte que queramos. Una vez escuché que, durante la dictadura, escondió a jóvenes que corrían el peligro de ser capturados. No me sorprendió. Ser judía, entonces, me salvó de una educación patriarcal y cerrada. A lo largo de esos años disfruté el no estar enjaulada en paradigmas identitarios, un privilegio de corta duración.

De alguna manera, estaba interesada en la historia de nuestro clan. Me intrigaba el pequeño tamaño de nuestra familia en comparación con otras, con su abundancia de tíos, tías y primos. Aquellos rostros, apilados en una caja de madera de puros cubanos que albergaba a mis parientes, ejercían un hechizo mágico, y el misterio aumentó cuando mi padre me contó que entre los judíos era costumbre rasgarse la solapa ante la muerte de un familiar. Nunca lo había visto porque la mayoría de mis familiares habían sido asesinados en Auschwitz, antes de mi nacimiento. No me contaron más cuando pregunté más, pero el silencio es un poderoso medio de comunicación.

Buenos Aires, 1962. Primer exilio

Mi familia se muda al centro de la ciudad, al barrio de Once, que parece diseñado deliberadamente para ser exactamente lo opuesto a Olivos en todos los aspectos que uno

pueda imaginar. De repente habitamos un apartamento viejo y oscuro frente a la avenida más transitada.

En la calle Corrientes, en medio del vecindario judío, mi padre encuentra un gran apartamento en el edificio donde había pasado su infancia, y allí nos mudamos. Es mi primera oportunidad de experimentar qué significa mudarse de un país a otro, antes de tener un pasaporte. Incluso si rechazo mi nuevo entorno aprecio las pequeñas sorpresas en medio de mi nostalgia por el pasado. Descubro una especie de bagel de semilla de amapola con cebollas, y Hebraica, un club deportivo y social judío con una gran biblioteca, un antídoto para la aburrida escuela pública para niñas a la que, en mi primer exilio, debo asistir.

Cuando ingreso al aula en mi primer día en esta escuela secundaria veo un enorme Cristo de madera que nos mira desde arriba del pizarrón. En cuanto conozco mejor a mis compañeras les pido que me apoyen para exigir que se elimine este ícono o, en su defecto, insistir en que se agreguen otros símbolos religiosos: la estrella de David, la luna musulmana y un santuario budista. Logramos nuestra primera derrota y casi me echan del colegio.

Nuestro piso se convierte en mi columna dorsal. Está situado en el corazón de la vida porteña, cuyo tono y expresiones nacieron del encuentro del castellano con el italiano, el yiddish, el alemán, el polaco y el inglés --aunque sobre todo del italiano-- con algunos toques de palabras africanas (por ejemplo, tango parece derivar de la palabra Xangó). Este idioma me hace cosquillas al oído con su vocabulario; su ingenio me cae bien. Mi padre es un humorista, juega con las palabras, y estoy segura de haber heredado algo de su chispa. Me pregunto si mi atracción por el humor autocrítico es un legado judío. En esta tradición se unen tragedia y comedia como siameses gemelos. ¿Puedo llamarme escritora judía porque quiero inspirar risas a través de lágrimas?

Después de: 1977–1982. La nueva piel

Años después, totalmente adaptada a este entorno, ya con un título en filosofía, encuentro una oficina de la Agencia Judía más cercana. Ofrece viajes para profesionales, una forma barata y fácil de salir de la peor dictadura que hemos conocido. Me aceptan y me estoy preparando para volar a Tel Aviv cuando allanan nuestro departamento. Me llevan al "Club Atlético", que no es un club en absoluto, pero el lenguaje ha cambiado abruptamente. Pierdo mi avión. No obstante, cuando me liberan, la agencia me proporciona otro boleto. Han pasado una semana y un día y tengo otra piel. Mi existencia ha cambiado, todavía no puedo darme cuenta hasta qué grado.

Estoy en Kiryat Shmona, en la frontera norte de Israel, muy cerca de una guerra extranjera que no entiendo ni apoyo, al igual que otros a mi alrededor. Estudio hebreo con otros argentinos que se han ido justo a tiempo. Incluso si me hago amigos, no hablo mucho sobre esa brecha en el tiempo. Para ellos, mi ausencia duró aproximadamente dos semanas; Para mí, la eternidad y un día. 4

Durante los 18 meses que paso en Israel viajo por todas partes, trabajo aquí y allá e intento descubrir qué está pasando en mi nuevo horizonte. No logro adaptarme, aunque me fascina vivir en una tierra multiétnica, donde tantos idiomas y colores se superponen. Sin embargo, todavía soy extranjera, una drom-amerika'it (una sudamericana), y no estoy lista para enfrentar otra serie de conflictos políticos con los que no me identifico. Volver a casa no es una opción, así que elijo un camino centrífugo.

Europa, 1979.

Comienza mi deambular por el antiguo continente, hasta que una ciudad llamada Vancouver aparece en mi mapa. En Florencia me encuentro con un profesor del departamento de Español e Italiano de la Universidad de Columbia Británica, que me

invita a presentar una solicitud como estudiante. Lo hago, y me aceptan. La ubicación parece ideal: un país pacífico, una vida tranquila en la costa del Pacífico, aún más lejana de mi realidad anterior. Imagino a Canadá como un balcón del norte desde el que se puede ver el mundo. Tal vez incluso pueda escribir algo después de respirar y relajarme.

Toronto, 1982. Refugio

Un par de años después, me dicen que todavía puedo solicitar el estatus de refugiada. Dado que mi visa de estudiante pronto caducará, intento este camino, pero solo puedo hacerlo en Toronto. Termino cruzando el país de oeste a este para que un oficial de inmigración canadiense me lea la definición de la Convención para refugiados:

El refugiado de la Convención significa una persona que, por un miedo bien fundado a la persecución por razones de raza, religión, nacionalidad, membresía en un grupo social o opinión política en particular [...] no está dispuesto a regresar a ese país.

—Todos se aplican a mi caso, digo. —¿Motivos raciales? ¿Por ser caucásica? Me pregunta, confundido. —No, judía, respondo.

—¿Crees que ser judía es un tema racial? —¡No, no yo! ¡Ellos lo creen!

Una vez que le hago entender mi posición resumo la historia contemporánea argentina e intento explicar que la persecución es política, que el antisemitismo también es político y que los judíos de "izquierda" y otros rebeldes no son deseados en un país encabezado por los militares, apoyado por civiles poderosos y la Iglesia Católica. En su opinión merecemos desaparecer, y yo no estoy de acuerdo...

Después de esta entrevista recuerdo haberme preguntado: ¿siempre seré judía ante la mirada del otro? ¿Siempre seré lo que dicen que soy? En ese caso, ¿sería mejor aprender

a ser judía por mi cuenta? Podría empezar memorizando la fecha de la Pesaj. La rebelión del ghetto de Varsovia empezó el 19 de abril de 1943, el primer día de Pascua, y como no quiero olvidar cuándo fue esa rebelión, ¿podría por este camino incorporar algo de nuestra tradición? Sé que es una pregunta retórica.

Después: 1977–2019—El exilio es redondo

Continuaré mi búsqueda en el ámbito del exilio y la literatura. Cuando el exilio regresa a la literatura, el país dejado atrás a menudo produce narrativas que cuestionan tanto el acto de huir como a quienes lo realizan. Con el tiempo, el exilio se convierte en una condición de vida con forma redonda, como lo imaginó Neruda, ya que los exiliados a menudo regresan, en sus sueños, al lugar abandonado. Algunos exiliados consiguen establecerse, pero nosotras –los nómadas– somos diferentes; Nuestro desvío no tiene un destino específico. Una vez perdido el primer puerto, no hay otro destino. Tenemos tendencia a vagar en busca de los restos de raíces desaparecidas, pero el esfuerzo no suele conducir a un final feliz, acorralados como estamos por dos imposibilidades: regresar o sentirnos en casa en un nuevo lugar. Al menos, esta tensión suele inspirar creatividad y pensamiento crítico. María Zambrano, exiliada de la Guerra Civil española que vivió cuarenta y cinco años en seis países diferentes, creó un importante corpus de escritos filosóficos que se moldearon a lo largo de su vida errante. En su opinión, esta forma de vivir lleva a darse cuenta de que el pensamiento está ligado a la experiencia y que no hay aproximación racional que no esté arraigada en el cuerpo, que es también el cuerpo político. Quien sobrevive fuera del territorio nacional también puede sobrevivir fuera del canon, pensó. La libertad creativa, en este caso, nace del malestar, ya que el sentimiento de no pertenencia no se cura. De hecho, la apertura a la diversidad cultural es una de las grandes ventajas de este castigo y se convierte casi en un deber moral para el exiliado. Al mismo tiempo, el exilio conlleva vulnerabilidad y desarraigo; A largo

plazo, crea una falta de pertenencia o una sensación de no pertenecer a ningún lugar. Estos no son mis hallazgos originales; Lo que hago es convertirlos en historias. En mi novela autobiográfica *Un día, en algún lugar del fin del mundo* Nora, la protagonista, escribe sus pensamientos en su cuaderno cuando tiene que abandonar Canadá, su país de residencia, y volar a su país de origen.

Digo que no quiero ir a Argentina, pero me resulta difícil interrumpir mi modesta rutina. No sé vivir entre dos puntos: un pie allí y un pie aquí (teniendo en cuenta que aquí y allá parecen intercambiables, aunque a la larga uno sea más aquí que allí). En realidad, ninguna de las dos cosas es de mi agrado. En español me da miedo la continuidad de nuestra historia, en inglés su falta de continuidad. En Vancouver, mi entorno se escenifica en instalaciones: salgo cada vez que me necesitan en Buenos Aires y, a mi regreso, las piezas del tablero han cambiado. Algunos se han ido y otros han llegado. El único que se mantiene en el mismo sitio es Mafaldo, el gato. Mafaldo salta a la calle cuando salgo y golpea la puerta de vidrio pidiéndome que lo invite a pasar ni bien reaparezca, como si nada hubiera pasado. Desde Canadá, Argentina es un mundo al revés. Buenos Aires es una meseta de tejados planos y un subsuelo de tumbas, una ciudad brillante y oscura, un universo de cines y agujeros negros. En Buenos Aires sigo hablando conmigo misma en inglés para no abandonar del todo Canadá, mi página de nieve. Siempre con un pie en un universo y otro en el otro, dos polos sin eje de rotación. Así vivo, allí o aquí, vacilando entre espacios y tiempos, siempre de puntillas para no pisar ninguna mano, ninguna cara, cualquier piel en mi colección de siluetas a lo largo del camino. [...] Por eso me aferro a un país fuera del mapa: ni aquí ni allá.<sup>4</sup>

Alguien dijo que el exilio significa no pertenecer a ninguno de al menos dos países. El problema aquí no sería la falta de hogar sino, más bien, un exceso de hogar, que genera un sentimiento constante de incompletud. Los exiliados están condenados a sentir nostalgia por el lado perdido de su mundo. 5

Conocemos, en primer lugar, el exilio tal como se relata en la Biblia, donde la palabra *galut* significa expulsión forzada de una tierra. No se trata de un concepto abstracto sino del conjunto de acciones brutales cometidas contra seres humanos específicos. Desde las deportaciones del Reino de Judá hasta la actualidad, el exilio está vinculado al cuerpo y al sufrimiento de mujeres, hombres y niños obligados a crear patrias portátiles. Como todos sabemos, este dolor se ha vuelto omnipresente en nuestros tiempos, tanto que se ha convertido en la norma. El paradigma actual recupera la vieja tradición de la expulsión, pero ahora miles de expulsados quedan abandonados a su suerte y la indiferencia de muchos provoca la muerte de muchos más. Es por eso que en nuestro siglo se ha acuñado la palabra Necropolítica. Hoy en día, la expulsión y el exilio reconfiguran el cuerpo social en formas que apenas estamos empezando a visualizar. Es sorprendentemente difícil hacer que la gente se identifique con la vulnerabilidad de los exiliados, incluso si, como señaló Elías Canetti, "el mundo siempre ha sido un mundo de exiliados."<sup>11</sup>

Al releer mi entrevista sobre el estatus de refugiado, veo lo difícil que fue para un oficial de inmigración escuchar lo que estaba diciendo, y eso sucedía en la década del ochenta, cuando había mejor disposición para recibirnos.

Oficial Superior de Inmigración: Según su formulario de solicitud, ¿es usted ciudadana argentina de nacimiento?

Nora Strejilevich: Sí, señor.

S.I.O.: Y antes de venir a Canadá, usted también residía allí, ¿es correcto? ¿Estaba  
residiendo en Argentina?

N.S.: ¿Justo antes de venir?

No.S.I.O.: ¿Dónde vivía?

N.S.: Estuve en Brasil y luego vine aquí. Estuve viviendo en varios países. Salí de  
Argentina hace cinco años.

S.I.O.: ¿Hace cinco años?

N.S.: Sí, señor.

S.I.O.: ¿Y estuvo en Brasil, antes de venir a Canadá?

N.S.: Antes, sí. Y antes de eso, había estado en otros lugares, pero antes de venir a  
Canadá, estuve allí.

S.I.O.: ¿Cuánto tiempo estuvo en Brasil?

N.S.: Aproximadamente ocho meses... aproximadamente.

S.I.O.: ¿Cuál era su estatus allí?

N.S.: Sólo visitante-turista.

S.I.O.: ¿Entonces no está solicitando el estatus de refugiado de Brasil?

N.S.: No, señor.

S.I.O.: ¿En cuántos países vivió antes de vivir en Brasil?

N.S.: Israel, España, Inglaterra e Italia.

S.I.O.: ¿Y usted estuvo allí sólo temporalmente?

N.S.: Sí.

S.I.O.: ¿Y usted no está solicitando el estatus de refugiado de ninguno de esos  
países que ha mencionado?

N.S.: No. [...]

S.I.O.: ¿Usted no quiere o no puede regresar a Brasil por miedo a ser perseguido por su raza?

N.S.: Brasil no es mi país; es solo el país de donde vengo.

S.I.O.: Entendí Brasil.

N.S.: Dije Argentina.

S.I.O.: No lo creo.

N.S.: Sí.

S.I.O.: Sí, señor.

N.S.: Sí, señor.<sup>5</sup>

Paradójicamente en mi caso (que fue privilegiado), encarnar a la Judía Errante fue un plus. Como no quedaba claro dónde había estado ni de dónde venía, tuvieron que creer en mi palabra. Al final, tras años de espera, me otorgaron el refugio.

Debo admitir que la expulsión y el exterminio, esos dos pilares de la historia del pueblo judío, me están pisando los talones. Soy nieta e hija de esa historia; No habría nacido sin el exilio. El mero hecho de que yo no existiría si no hubiera habido exterminio me hace responsable de esta herencia. El decimonoveno cumpleaños de mi madre fue el mismo día en que se decidió en Wannsee, Alemania, la Solución Final: la deportación y el asesinato de la mayoría de los judíos que vivían en la Europa ocupada por Alemania. Probablemente ella desconocía el macabro plan que se puso en marcha el día de su cumpleaños. Pero nuestra ignorancia no afecta la verdad histórica. Había comenzado una nueva era para la humanidad, la del exterminio industrial, que hizo volar por los aires el sentido del progreso y de la civilización occidental.<sup>6</sup> La categoría clave utilizada para decidir quién merecía ser borrado era la de la raza, concebida (según Hannah Arendt) en la época del Imperio Europeo. expansión, y supuestamente basada en ciencias biológicas. Ahora sabemos que Hitler también se inspiró en las leyes de Jim

Crow, que el Führer estudió en detalle para diseñar sus propias jerarquías y reglas para el nuevo conjunto de castas (“razas”, según los nazis) que crearían. Las biografías son notas difundidas en un pentagrama, la melodía de nuestro tiempo resonando en una clave determinada. El nuestro está en sintonía con el racismo. Mi pertenencia judía está anclada en estas seis letras y mi venganza se plasma en la escritura. ¿Es en este sentido que se me puedo llamar escritora judía?

2020—Nativa en tránsito

La pandemia me trajo de vuelta a Buenos Aires. El exilio, sin embargo, es redondo y puedo volver a partir. Disfruto de esta inmersión repentina en mi dialecto conocido, que me resulta más cercano que ningún otro. Siempre me repito que ese es mi verdadero hogar, no sólo porque me resulta familiar sino también porque acá se acaba la distancia con mi lengua materna, y es con ella que puedo des-decir el mundo. Se dice que el lenguaje es el principal instrumento para negarse a aceptar el mundo tal como es. Por ejemplo, si finalmente acepto definir los ingredientes de mi existencia como escritora judía argentina en el exilio, en seguida siento la urgencia de borrar todas y cada una de las palabras de mi lista y comenzar una nueva. En este nuevo retorno a mi lengua materna me atrevo a imaginar a un judío pícaro escondido entre las líneas de este texto, que susurra:

Vos, que apenas entendés la lengua sagrada, estás totalmente desvinculada de la religión de sus antepasados y de cualquier otra religión. Vos, que no podés compartir ideas nacionalistas pero sin embargo nunca negás pertenecer a tu pueblo. Si alguien te preguntara: ¿Cómo podés seguir considerándote judía si has renunciado a esta herencia?, responderías: Hay muchas maneras en las que todavía

soy judía. De hecho, lo esencial podría ser lo que queda después de haberlo dejado todo atrás. 7

Con el tiempo, incluso podría arriesgar el sentido de esa noción escurridiza: “lo que es esencial”. ¿Podría dar un verso como respuesta? “No te olvides de olvidar olvidarte.”

Soy escritora. Soy judía. Tengo memoria.

Notas:

1. Fernando Mas, *De Nuremberg a Madrid: Historia íntima de un juicio* (Buenos Aires: Grijalbo, 1999), p. 80.

2. "La eternidad y un día", película de 1998 de Theo Angelopoulos que retrata el último día en la vida de un escritor.

3. Véase Mariela Ávila y Braulio Rojas, *La experiencia del exilio y el exilio como experiencia* (Santiago de Chile: Universidad Católica Silva Henríquez ediciones, 2018),

4. Nora Strejilevich, *Un día, allá por el fin del mundo* (Santiago: LOM, 2019), p. 15.

5. Elias Canetti, citado en Susan Sontag, "La mente como pasión", *Bajo el signo de Saturno* (Nueva York: Farrar, 1980), p. 183.

6. En la "Operación T4" (1940-1941), los nazis probaron el asesinato por gaseamiento, tras presuntas criterios de eutanasia aplicados a alemanes "discapacitados" que eran considerados "vidas que no valían la pena". Esta técnica de matar se mejoró radicalmente en el marco de lo que fue llamada la "solución final al problema judío", después de que fracasara el asesinato en masa por disparos para cumplir con las expectativas de los nazis. La Conferencia de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942, para coordinar esta "Solución Final", el cambio hacia una solución organizada y sistemática. Asesinato a escala industrial.

7. Adaptación de un fragmento del Prólogo de Sigmund Freud a la edición hebrea de *Tótem y Tabú*, citado en el documental "Sigmund Freud: Un judío sin Dios" (2020) por David Teboul.

8. Juan Gelman, en *Bajo la lluvia ajena*. Libros del zorro rojo, Barcelona (2019)

